1095

El Barbero De Sevilla

3

EL BARBERO DE SEVILLA,

Ó

LA INÚTIL PRECAUCION,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS EN PROSA

DE

Pedro Agustin Caron de Beaumarchais:

TRADUCIDA LIBREMENTE

POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUCH.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

El conde de Almaviva.
Don Bartolo, *médico.*
Doña Rosita, *su pupila.*
Fígaro, *barbero.*
Don Basilio, *organista.*
El tio Angelito. } *Criados.*
Juan Avispa. . . }
Un alcalde de Corte.
Un notario.
Alguaciles.

La escena es en Sevilla.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle, y á la izquierda del actor la casa de don Bartolo con puerta practicable y una ventana alta con reja, dentro de la cual hay un mirador, cerrado todo con celosías. La reja de la ventana se abre en dos hojas; las celosías del frente se mueven por correderas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, *embozado.*

(*Paséase y saca el reloj.*)

Mas temprano es que pensaba. Todavía está lejos la hora en que la hermosa que es luz de mis ojos, suele aparecérseme detras de aquel mirador de las celosías; pero no importa: mas vale esperar, que perder la ocasion de verla. Si algun pisaverde de Madrid supiera que, á ochenta leguas de mi casa, me sorprende todos los dias la aurora clavado frente á las rejas de una muger, á quien nunca he podido decir una palabra, me tendria por un galan del tiempo de Macías. ¿Y por qué han de admirarse de esto? Todo hombre ¿no busca su bien? Rosita es el mio. Que es una calaverada venir á Sevilla en seguimiento de una beldad, cuando en la corte lo que me cuestan los placeres es desearlos. Por eso mismo huyo de ellos. Me tienen harto amores de adquisicion tan facil. ¡Es tan dulce que le amen á uno por sus prendas, por sus cualidades propias, por sí solo! No, como yo consiguiera á favor de este disfraz... (*Óyese tocar dentro una guitarra.*) ¡Válgale el diablo al importuno! (*Retírase á un lado.*)

669095

ESCENA II.

FÍGARO.—EL CONDE.

Fig. (*Cantando y acompañándose con la guitarra.*)

Cada cual á su modo
busca la dicha;
yo la encuentro en un vaso
de manzanilla.
Holganza y vino
es lo que hay en la vida
de positivo.

No, cuando una buena voz cante esta seguidilla, que vengan á decirme que no vale un pito. (*Reparando en el conde.*) Yo he visto aquel sacristan no sé dónde.

Con. Este hombre no me es desconocido.

Fig. Pues no, no es ningun sacristan. Aquel aire noble y altivo...

Con. Aquella traza de cursante del Lavapies...

Fig. No me engaño: es el conde de Almaviva.

Con. Yo creo que es el tunante de Fígaro.

Fig. Servidor de V. E.

Con. No me descubras, canalla.

Fig. Reconozco á V. E. completamente: esos son los favores familiares con que siempre me ha honrado.

Con. Yo no te conocia ya. Te veo tan gordo y tan rollizo...

Fig. Qué quiere V. E.? No hay como no tener un cuarto, para engordar á cuartas.

Con. ¡Pobre criatura! ¿Y qué te haces en Sevilla? Yo me acuerdo de haberte recomendado en los ministerios para que te empleasen.

Fig. Y me emplearon en efecto, de lo que estoy agradecidísimo á V. E.

Con. Déjate de tratamientos, y llámame Teodoro. Por este trage puedes conjeturar que me importa no ser conocido.

Fig. Entonces me marcho.

Con. Al contrario: estoy aqui haciendo tiempo, y dos hombres en conversacion dan menos sospecha que uno solo paseándose. ¿En qué te ocupó el ministro?

Con. Atendiendo S. E. á la recomendacion, me nombró ayudante...

Con. ¿De qué, hombre? ¿de batallon?

Fig. No señor, de botica.

Con. ¿Con destino á palacio?

Fig. Con destino á una yeguada de S. M. en este pais.

Con. ¡Famoso principio!

Fig. Pues no era mal empleo, porque de los desechos del botiquin, es decir, de la parte mas útil, vendia yo muy á menudo, para cristianos, soberbios específicos de veterinaria.

Con. Que daban un difunto por cada receta.

Fig. Nada menos que eso. Mis parroquianos eran todos bagages mayores, y asi, la medicina cuadrupedal les probaba perfectamente.

Con. ¿Y por qué has dejado esa plaza?

Fig. ¡Sí, dejar! Ella ha sido la que me ha dejado. Me malquistaron con las potencias ministeriales... y... (*En tono de recitar versos.*)

La envidia con la faz amarillenta,
la garra aguda y la garganta hambrienta...

Con. Por Dios, hombre, por Dios. ¿Tambien tú andas á caza de consonantes?

Fig. Esa es precisamente la causa de mi caida. Dieron soplo al ministro de que yo escribia cantilenas á las ninfas del Betis, bastante buenas, aunque sea yo quien lo diga; que enviaba logogrifos al Diario; que corrian de mano en mano madrigales de mi cosecha; y en fin, que habia tenido habilidad para sacar unos maravedises á un mercachifle literario: tomó S. E. el asunto por lo serio, y me quitó mi destino, fundándose en que el amor á las letras era incompatible con el cargo de funcionario público.

Con. ¡Magistralmente discurrido! ¿Y no le representaste...?

Fig. Yo me dí la enhorabuena de que no se volviese á

acordar del santo de mi nombre, porque harto bien nos hace un poderoso, cuando no nos hace mal.

Con. Algo me callas. Yo tengo muy presente que cuando me servias, eras un perillan de marca mayor.

Fig. Ya: quieren que el pobre no tenga pero.

Con. Holgazan, mala cabeza...

Fig. Segun las virtudes que se exigen de un sirviente, ¿conoce usted muchos amos dignos de llevar la librea?

Con. ¡Me hace gracia la pregunta! ¿Y te retiraste á esta ciudad?

Fig. Sí señor: despues de haber corrido toda la España filosóficamente (es decir, al pie de la letra); despues de haber ensayado cien modos de vivir, sin dar con uno que me enriqueciese sin trabajar, como á otros; habitando ya en posadas magníficas por mi gusto, ya en la carcel por gusto de mis patronas, llegué á convencerme, por fin, de que el áncora de mi salvacion era el estuche de mis navajas. Asi pues, aprovechando los buenos tiempos y aguantando los malos, burlándome de los necios y resistiendo á los pícaros, riendo de mi miseria y haciendo la barba á todo el mundo, me ve usted por último establecido en Sevilla, y pronto á servirle en cuanto guste mandarme.

Con. ¿Quién te ha dado una filosofia tan alegre?

Fig. La costumbre de padecer. Procuro reirme de todo por no verme obligado á llorar. ¿Qué mira usted tanto por ahí?

Con. Escapemos.

Fig. ¿Por qué? (*Descórrense las celosias del mirador.*)

Con. Ven, maldito, ven, que me pierdes. (*Ocúltanse ambos.*)

ESCENA III.

DON BARTOLO *y* ROSITA, *en el mirador.* — *Despues* EL CONDE.

Ros. ¡Cómo deleita el respirar aire libre! Esta ventana se abre tan rara vez...

Bar. ¿Qué papel tienes ahí?

Ros. Son las coplas de la *Inútil Precaucion*, que me trajo ayer el maestro de música.

Bar. ¿Qué es eso de la *Inútil Precaucion*?

Ros. Una comedia nueva.

Bar. Algun drama transpirenáico, alguna plasta de las que se acostumbran.

Ros. Yo no sé.

Bar. Dejarlo; dejar correr la moda: el tiempo dará cuenta de ella. (*Rosa deja caer el papel á la calle.*)

Ros. ¡Ay mi cancion! Mi cancion se me ha caido por atenderle á usted. Corra usted, corra usted, don Bartolo. ¡Ay mis coplas, que se me van á perder!

Bar. ¡Válgante mil santos! Lo que se tiene en la mano, no se suelta. (*Quítase de la ventana.*)

Ros. (*Mira hácia dentro, y despues hace señas al conde.*) Chit, chit, caballero. (*Sale el conde.*)

Con. Señorita, ¿en qué puedo servir á usted?

Ros. Recoja usted ese papel, y retírese al punto.

Con. Permítame usted antes decirle dos palabras.

Ros. No es posible, no es ocasion, márchese usted corriendo.

Bar. (*Saliendo.*) ¡La pegiguerita del papel ahora! (*Mirando por el suelo.*) ¡Calle! ¿Dónde está?

Ros. Se lo ha llevado el aire. Ahí mas arriba debe de haberse quedado: al doblar la esquina.

Bar. Por aqui no hay rastro de tal cosa. ¡Cierto que me das un bonito encargo! ¿Ha pasado alguien?

Ros. Yo no he visto á nadie.

Bar. ¡Y que tenga yo la cachaza de salir á...? ¡Ay Bartolo, Bartolo! ¡qué gran majadero eres! ándate, ándate abriendo las ventanitas que caen á la calle. (*Vase.*)

Ros. Mi triste situacion me disculpa. Sola, encerrada, y blanco de las persecuciones de un hombre que aborrezco, ¿será delito el intentar salir de esclavitud?

Bar. (*Dentro.*) Vamos adentro, niña. Yo me tengo la culpa de que hayas perdido la dichosa cancion; pero te juro que no se te volverá á estraviar otra en la calle. (*Quítase Rosa de la reja, corriendo la celosia.*)

ESCENA IV.

EL CONDE. FÍGARO.

Con. Ahora que se han retirado, examinemos este papel,

que seguramente encierra algun misterio. Es una hoja de música; pero en los blancos tiene escrito... ¡Es una carta!

Fig. ¡Y preguntaba el amigo qué cosa era la Inútil Precaucion!

Con. (*Leyendo.*) "Caballero, sus obsequios de usted han escitado mi curiosidad. Luego que salga mi tutor, procure usted por algun medio, que á nadie comprometa, instruirme del nombre, circunstancias é intenciones del que tanto parece interesarse por la desgraciada = Rosa Valladares."

Fig. (*Remedando á Rosa.*) ¡Ay mi cancion! ¡mi cancion se me ha caido! Corra usted, corra usted por ella. ¡Lo que son las mugeres! Para hacer astuta á la muchacha mas simple, no hay mas que encerrarla.

Con. ¡Mi amada Rosita!

Fig. Señor conde, ya no tengo que devanarme los sesos para adivinar el motivo de su disfraz: ya veo que es un galanteo telegráfico.

Con. Tú posees mi secreto; pero si te se va la lengua...

Fig. Mi interes responde de mi silencio.

Con. Pues cuidado. Seis meses há se presentó á mis ojos en el Buen Retiro una jóven, cuya hermosura... Bien que ya la acabas de ver. Mientras yo buscaba en Madrid á mi incógnita, la conducia su padre á Sevilla, lugar de su nacimiento. Víneme yo aqui tambien con sigilo, y de unos dias á esta parte he descubierto que se llama doña Rosita, y que es hija de un médico de esta ciudad, nombrado Bartolo.

Fig. ¿Quién ha dicho que es hija suya?

Con. Toda Sevilla.

Fig. Pues toda Sevilla se equivoca. Rosita es una huérfana...

Con. ¡Qué me cuentas!

Fig. De noble cuna.

Con. ¿Es posible?

Fig. Y el médico no es su padre, sino su tutor.

Con. ¡Oh dicha!

Fig. Pero el tutor será pronto su marido.

Con. ¿Pronto? Nunca. ¿Con que Rosa merece ser mia? No hay que perder un momento para conseguir que

me ame, para libertarla del enlace indigno que le destinan. ¿Con que tú conoces al tutor?

Fig. Como á mis vacías.

Con. ¿Qué especie de hombre es ese?

Fig. Es un jovencito sesenton, repolludo como un pepino, colorado como un tomate, calvo como una calabaza, mas feo que Picio, mas listo que Cardona, y con mas maulas que hay en la Galera.

Con. ¡Eh! ya le he visto. ¿Y su carácter?

Fig. Brutal, avariento, enamorado y zeloso de su pupila, que le aborrece con sus cinco sentidos.

Con. Luego sus medios de agradar son...

Fig. Ningunos.

Con. Mejor. ¿Y su honradez?

Fig. La precisa para no columpiarse en la horca.

Con. Mucho mejor. Castigar un pícaro y hacerse feliz...

Fig. Es combinar á un tiempo el bien público y el particular.

Con. ¿Y es tan zeloso, eh?

Fig. Como que no deja ver á la niña sino de dos personas, de quienes nada recela.

Con. Eso sí que es malo. ¿No pudieras tú penetrar en ese castillo encantado?

Fig. Si yo soy uno de los que tienen alli puerta franca.

Con. ¿Tú?

Fig. Suponga usted en primer lugar que la casa en que vivo es propia del doctor, que me da gratis la tienda.

Con. ¡Oiga!

Fig. Pues. Y yo en agradecimiento, le correspondo con 50 duros cada navidad, gratis tambien.

Con. (*Impaciente.*) ¿Eres su inquilino?

Fig. Y ademas su barbero, su cirujano y su farmacópola. La barba del amo, las mandíbulas de los sirvientes; y hasta las venas de la señorita estan á merced de mis navajas, mi gatillo y lancetas.

Con. (*Abrazándole.*) ¡Ay querido Fígaro! ¡Tú has de ser mi angel, mi bienhechor, mi numen tutelar!

Fig. ¡Cómo aproxima la necesidad las distancias! Una sociedad de amantes sería una república sin partidos.

Con. ¡Venturoso Fígaro! Tú puedes ver á mi Rosita, tú puedes verla! ¿Comprendes tú tu felicidad?

Fig. Dicho de enamorado. ¿Pues acaso la adoro yo? ¡Ojalá pudiese usted ocupar mi lugar!

Con. Como lográramos arrinconar á los vigilantes...

Fig. En eso pensaba yo.

Con. ¡Por doce horas no mas...

Fig. Ocupando á las gentes con su propio interes, se les impide el perjudicar al ageno.

Con. Cierto; ¿y qué?

Fig. Ando discurriendo á ver si la farmacia me proporcionaria algunos medios inocentes...

Con. ¿Qué diablos dices?

Fig. Nada: que me ocurre una idea. El regimiento que viene de guarnicion á Sevilla...

Con. Su coronel es amigo mio.

Fig. Bueno. Preséntese usted en casa del médico con uniforme de facultativo del cuerpo y una boleta de alojado, y tendrá forzosamente que recibirle. Yo me encargo de lo demas.

Con. Divinamente.

Fig. Tampoco vendria mal que aparentase usted estar algo alumbrado...

Con. ¿Para qué?

Fig. Para no inspirarle recelo, y que le suponga á usted con mas necesidad de dormir, que intencion de intrigar en su casa.

Con. Magnificamente pensado.

Fig. Sí; pero me temo que usted no acierte á sostener un papel tan dificil.

Con. ¿Te burlas de mí? Aguarda. (*Remeda un borracho.*) Diga usted, compadre, ¿no vive aqui el médico don Bartolo?

Fig. No va muy mal, seguramente; solo esas piernas un poco mas achispadas. Allá va una muestra. (*Remedando tambien á un borracho.*) Alabao sá Dios. ¿No vive aqui el Herodes de este cuartel?

Con. Quita allá. Esa es la embriaguez de la gentecilla.

Fig. Esa es la buena, que es la mas alegre.

Con. Abren la puerta.

Fig. Y es el coco: apartémonos hasta que se marche. (*Retiranse.*)

ESCENA V.

DON BARTOLO.—EL CONDE *y* FÍGARO, *ocultos.*

Bar. (*Al salir de su casa.*) Al instante vuelvo: no hay que abrir á nadie. ¡Qué necedad la mia de salir por el papel! Solo en el hecho de rogarme ella, debia yo de maliciar... ¡Y don Basilio que no parece! Él debia disponer todo lo necesario para que mi boda se efectuase mañana con el mayor sigilo; y... Dios guarde á usted muchos años. Vamos á ver qué detencion es esta. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. FÍGARO.

Con. ¡Qué he escuchado! ¡Mañana casarse en secreto con Rosita!

Fig. Señor conde, la dificultad de conseguir, aumenta la necesidad de emprender.

Con. ¿Quién es ese don Basilio que danza en la boda?

Fig. Un pobre demonio que enseña la música á la niña, infatuado con su arte, medianamente bribon, medianamente hambriento, que se hinca de rodillas delante de un peso duro, y que por lo mismo, será facil que... (*Rosita descorre una celosía, y se entra.*) Han descorrido la celosía.

Con. Y era Rosita. Se ha retirado.

Fig. Esperará á ver si cumple usted el encargo que le hace en su carta. Ya ha salido de casa el tutor.

Con. ¿Cómo le participaria yo el nombre con que me oculto y el amor que me inspiran sus ojos?

Fig. Tome usted mi guitarra, improvise ahí un par de coplas, las canta y...

Con. Sí, y hago á toda la vecindad confidente de mi secreto. Hay otro medio mas sencillo. (*Saca la cartera y escribe en ella con el lapiz.*)

Fig. ¿Escribirla?

Con. Dos líneas. Que soy... bachiller en leyes... que soy pobre... y que aspiro á su mano.

Fig. Y firma usted...

Con. Teodoro Campoamor.

Fig. Nombre y apellido galan.

Con. Fiemos algo á la suerte. (*Tira la cartera por el balcon á la habitacion de Rosa.*) Adentro cayó.

Fig. No es arriesgar mucho: el ama de llaves y los criados andarán en sus quehaceres, y solo Rosita podrá recoger la cartera.

Con. Despues tú serás el encargado de la correspondencia. (*Cae la cartera por el balcon á la calle.*)

Fig. Ya está aqui la cartera otra vez.

Con. ¡Tan pronto! ¿Será un desprecio?

Fig. Será una contestacion.

Con. (*Que coge y abre la cartera.*) Sí; mira aqui mi dicha trazada por su mano. (*Lee.*) "Teodoro es acreedor á mi cariño." ¡Ah! Teodoro es tuyo.

Fig. ¿Olvida usted que ella no le oye?

Con. (*Con dignidad.*) ¡Compadre Fígaro! Solo tengo que decir á usted que Rosita será mi muger. Si tú favoreces mi proyecto ocultando mi nombre... ya me entiendes; ya me conoces.

Fig. Perfectamente. ¿Quién malicia nada cuando le hablan de un modo tan esplícito... tan generoso?

Con. Retirémonos; no demos lugar á sospechas.

Fig. No, yo entro aqui, donde la virtud de mi mágico caduceo va de un golpe á adormecer la vigilancia, despertar el amor, descarriar los zelos y derrocar todos los obstáculos. Usted á mi casa con el uniforme y la boleta, y en el bolsillo una buena coleccion de retratos de sus magestades católicas.

Con. ¿Para qué efecto?

Fig. Para que sirvan de base á esta intriga, como sirven á todas.

Con. Bien, hombre, llevaré un monetario completo.

Fig. Dentro de un rato me hallará usted en mi casa. Mi tienda está cuatro pasos de aqui: calle de Francos, número 15, á la izquierda, celosías azules, una vacía á cada lado de la muestra, y en letras de realce:

Fígaro, sacamuelas y barbero,
comadron, perfumista y peluquero. (*Vanse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cuarto de Rosita en casa de don Bartolo : en el fondo la ventana del mirador. Un piano, una papelera, un sillon &c.

ESCENA PRIMERA.

ROSITA, *escribiendo.*

Marcelina está indispuesta, los criados tienen que hacer, y don Bartolo ha salido: nadie puede acecharme. No parece sino que ven y oyen estas paredes, ó que á mi Argos le asiste algun espíritu maléfico que le da cuenta de mis acciones: ello es que no puedo decir una palabra, ni dar un paso, cuya intencion no adivine al golpe. (*Cierra la carta.*) ¡Ay Teodoro! Guardemos ahora esta carta, aunque ignoro cómo ni cuándo se la podré entregar. Él esta mañana estuvo hablando con Fígaro largamente. Fígaro es un buen hombre, que algunas veces ha manifestado tenerme lástima: si viniera en ocasion que yo pudiese hacerle alguna pregunta...

ESCENA II.

FÍGARO. — ROSITA.

Ros. ¡Ay, señor Fígaro! ¡cuánto me alegro de ver á usted!

Fig. ¿Cómo va ese ánimo, señorita?

Ros. No muy bien, señor Fígaro. El fastidio me consume.

Fig. Lo creo : solo á los tontos los engorda.

Ros. ¿Quién es aquel sugeto con quien hoy temprano tenia usted en la calle una conversacion tan tirada?

Fig. Es un primo mio, bachiller en leyes, muchacho

de grandes esperanzas, mucho ingenio, mucha honradez, y nada feo de cara.

Ros. Ya se ve que no; todo al contrario. ¿Y cómo se llama?

Fig. Teodoro Campoamor. Él es un infeliz sin casa ni hogar; pero si no se hubiese venido de Madrid intempestivamente, podia haber alcanzado alli algun buen destino.

Ros. Lo hallará, señor Fígaro, lo hallará con el tiempo. Siendo un jóven de tan buenas prendas como usted dice, no le faltará quien le dé la mano.

Fig. (*Ap.* Este principio promete.) Lástima es que tenga un defecto que le estorbe adelantar en su carrera y hacer fortuna.

Ros. ¿Un defecto, señor Fígaro? ¿un defecto? ¿De veras?

Fig. Le traen loco los amores, y no atiende sino á su querida.

Ros. ¡Ay! pues para ella, esa falta será un gran mérito.

Fig. Ya; pero con eso no se pone la olla.

Ros. ¡Qué injusta es la suerte! ¿Y quién es la futura primita? Soy tan amiga de saber estas cosas...

Fig. La última persona á quien yo quisiera comunicar un secreto semejante, es usted, señorita.

Ros. ¿Por qué? Aunque fuera yo alguna habladora. Y luego que ese galan, como pariente de usted, me interesa muchísimo. Vamos: ¿quién es su novia? ¿la conozco yo?

Fig. Le daré á usted las señas. Figúrese usted la morenita mas gachona que ha nacido á la sombra de la Giralda; garvosa con señorío, risueña sin desenvoltura, un talle de junco, una voz que embelesa, y unos ojos que harian bailar el bolero á toda una chancillería en trage de ceremonia.

Ros. ¿Y reside en Sevilla?

Fig. Y en este barrio.

Ros. ¿En esta calle tal vez?

Fig. Ella sale poco de casa; pero por aqui suele andar todos los dias.

Ros. ¡Qué fortuna... para su primo de usted! ¿Y quién es la dichosa?

Fig. ¿No la he nombrado?

Ros. Es lo único que se ha dejado usted en el tintero. Diga usted, dígalo pronto, porque si entrasen me quedaria sin saberlo.

Fig. ¿Absolutamente lo exije usted, señorita? Pues bien, esa hermosa niña es... la pupila de su tutor de usted.

Ros. La pupila de...

Fig. Del doctor Bartolo; sí señora.

Ros. ¡Ay, señor Fígaro! Yo no le creo á usted, no puede ser.

Fig. Pues que venga el interesado y lo diga. Precisamente es lo que él desea.

Ros. Me hace usted temblar.

Fig. ¿Temblar? Mal hecho: solo con ceder al temor del mal, ya se padece el mal del temor. Ademas que yo acabo de librar á usted de sus centinelas hasta mañana.

Ros. Si ese jóven me quiere, me dará una prueba de ello no arriesgándose á tentativa ninguna, permaneciendo quieto y tranquilo...

Fig. ¡Ay, señorita! amor y quietismo no caben en un saco. La pobre juventud tiene que decidirse entre esta terrible alternativa: amor sin quietud, ó quietud sin amor.

Ros. Quietud sin amor parece...

Fig. ¡Oh! muy insípida. Parece en efecto que esto de amor, aunque sea sin reposo, se presenta de mejor gracia; y lo que es yo, si fuera muger...

Ros. Ello, una muger no puede impedir que un hombre de bien la estime.

Fig. Y lo que es mi primo la estima á usted infinito.

Ros. Pero, señor Fígaro, si fuera á hacer alguna imprudencia, nos perderia.

Fig. (*Ap.* El *nos* vale un imperio.) Si usted se lo prohibiese espresamente en una cartita... ¡Puede tanto una carta...!

Ros. Yo no tengo tiempo para escribir...

Fig. Con dos letras...

Ros. Digo que por si no puedo escribir esta de nuevo... (*Le entrega la carta.*)

Fig. (*Ap.* ¡Diantre! antes que yo llegue, ya vuelves tú.)

Ros. Pero dígale usted al entregársela, dígale usted con mucho... (*Quédase parada escuchando.*)

Fig. Nadie, señorita.

Ros. Que todo lo hago por pura amistad.

Fig. Eso se viene á los ojos. ¡Vaya! el amor lleva otro rumbo.

Ros. Por pura amistad: ¿entiende usted? Solo temo que desanimado con las dificultades...

Fig. Sí, sí; ya se va á desanimar. Señorita, ¿no sabe usted que el viento que apaga una luz, enciende una hoguera? Pues esa hoguera retrata el corazon de mi primo. ¡Qué! si hasta á mí me ha contagiado la fiebre amorosa que le consume, con ser yo solo una tercera persona en el asunto.

Ros. ¡Dios mio! ¡que oigo á mi tutor! Si le halla á usted aqui... Pase usted por mi gabinete, y escape lo mas callandito que pueda.

Fig. No tenga usted cuidado. (*Ap. al irse.* Esto va viento en popa: carta canta.) (*Vase.*)

ESCENA III.

ROSITA.

Hasta que no salga, no estoy en mí. ¡Cuánto le quiero á este señor Fígaro! ¡Qué buen hombre es! ¡qué buen pariente! ¡Ah! don Bartolo llega: volvamos á la labor.

ESCENA IV.

DON BARTOLO. — ROSITA.

Bar. ¡Maldito Fígaro, amen! Nada, no ha de poder salir uno, sin contar con que á la vuelta...

Ros. ¿Quién le ha enojado á usted tanto?

Bar. Ese condenado barbero que en un santiamen me ha convertido la casa en un hospital. A Juan Avispa le ha dado un narcótico, un estornutatorio al tio Angelito, ha sangrado del pie á Marcelina; ni siquiera se ha librado de sus garras mi pobre mula. ¡Vea usted! ¡á una caballería ciega plantarle una cataplas-

ma en los ojos! Porque me debe cien ducados, rabia por trabajar para la casa. Sí, pues ya nos veremos al ajuste de cuentas. Ahí en la antesala, ni un alma: lo mismo se entra en este cuarto que por la puerta Macarena.

Ros. ¿Y quién puede penetrar en él sino usted?

Bar. Pues mas quiero yo temer sin motivo, que esponerme sin cautela. No se ve por ahí otra cosa que pícaros atrevidos, emprendedores... Mira ¡qué pronto recogieron esta mañana tus coplas, mientras yo bajaba por ellas! Pero yo...

Ros. Gana es de querer dar importancia á cualquier niñería. El aire se las llevó, y el primero que pasara...

Bar. Pues yo no paso esa. No es el primero que llega el que coge los papeles que una niña deja caer, sino el que los estaba esperando.

Ros. Yo no dejé caer el papel.

Bar. Usted lo tiró á la calle, sí señora.

Ros. (*Ap.* ¡Maldito viejo!)

Bar. Pero deja, que por si van mal dadas, yo mandaré clavar los postigos del mirador.

Ros. No, mejor es que mande usted tapiar todas las ventanas: asi como asi, de su casa de usted á una carcel hay tan poca diferencia...

Bar. A lo menos las que dan á la calle, acaso convendria mucho... Y pregunto: ¿se ha encajado tambien aqui el señor sacamuelas?

Ros. ¡Qué! ¿tambien ese le inspira á usted recelo?

Bar. Lo mismo que otro cualquiera. Fíese usted, y no le faltará muger que le burle, amigos que se la requiebren, y criados que les hagan espaldas.

Ros. ¡Pues qué! ¿ni siquiera me supone usted con bastante honradez para resistir á la seduccion de un barbero?

Bar. Sobre gustos no hay nada escrito. Todo cabe en los caprichos de una muger.

Ros. Pero oiga usted, señor don Bartolo: si basta ser hombre para agradarnos, ¿en qué consiste que usted me incomoda altamente?

Bar. En que... en que... ¿Por qué no respondes á lo que te pregunto acerca del barbero?

Ros. Pues sí señor, ese hombre ha estado en mi cuarto; le he visto, le he hablado, sí señor; y sepa usted que me divierte muchísimo, y rabie hasta que de ira dé un estallido. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON BARTOLO.

¡Ay qué pícaros! ¡qué infames criados! Tio Angelito. Juan Avispa. El baston les he de romper en las costillas, sin que les valga el privilegio de enfermos. Juan Avispa, ó Juan diablo.

ESCENA VI.

JUAN AVISPA. — DON BARTOLO.

Juan. (*Que sale bostezando y como aletargado.*) Aah, aah, ah, ah.

Bar. ¿Adónde estabas tú, pedazo de alcornoque, cuando entró aqui el barbero?

Juan. Señor, yo estaba... ah, ah, aah.

Bar. Maquinando alguna diablura, regularmente. ¿No le abriste tú la puerta? ¿no le hablaste?

Juan. Sí le hablé: como que él me dijo que yo estaba entrecadente, segun él decia; y sí debia decir verdad, porque me hizo tomar una medecina, y conforme me iba diciendo que asi me pondria bueno, me comencé á poner tan malo, con unos dolores y unos esperezos y un hormigueo por aqui y por aqui y por acá... ah, ah, ah.

Bar. (*Remedándole.*) Por aqui, por acá... Y ese estafermo del tio Angelito ¿dónde anda? ¡Medicinar á este muchacho, sin aguardar mi receta! Aqui hay trampa sin remedio.

Juan. (*Durmiéndose.*) Tio Angelito.

ESCENA VII.

EL TIO ANGELITO, *que sale apoyado en un palo y estornudando.* — DON BARTOLO. JUAN AVISPA.

Bar. El domingo estornudarás.

Ang. Ya van mas de cincuenta... (*Estornuda.*) mas de cincuenta veces... en un momento. Estoy desvencijado.

Bar. ¿Cómo se entiende? Os pregunto á entrambos si ha entrado alguien en el cuarto de Rosa, y no me decís que el barbero...

Juan. ¡Toma! el barbero se llama señor Fígaro, y no se llama alguien. Ah, ah.

Bar. Apostaria que tú eres su compinche, bribon.

Juan. (*Llorando.*) ¡Yo compinche! ¡yo su compinche!

Ang. Pero, señor, ¿hay justicia ni ley de Dios...?

Bar. ¿Qué justicia? yo soy el amo, y el amo siempre tiene razon.

Ang. Pero, caramba, cuando una cosa es cierta...

Bar. Contra mi decision, no hay certeza que valga. Marchaos de aqui con mil de á caballo.

Juan. Pues: siendo uno un hombre de bien, se portan con uno como si fuera uno un picaron.

Ang. (*Estornudando.*) Vamos, á no ser por la señorita... no habria quien parase... quien parase... en esta... maldita casa. (*Vanse los criados.*)

Bar. ¡Cómo me los ha puesto ese desuellacaras! Mientras me deba los cien ducados, está visto que no habrá en mi casa salud.

ESCENA VIII.

DON BASILIO. — DON BARTOLO.

Bas. Guarde Dios á usted, señor don Bartolo.

Bar. ¡Hola, don Basilio! ¿Viene usted á dar leccion á Rosita?

Bas. Lo que menos prisa corre es eso.

Bar. Yo estuve en su casa de usted, y no le hallé.

Bas. A diligencias de usted habia salido. Camarada, le traigo á usted una noticia bastante...

Bar. ¿Buena?

Bas. Fatal.

Bar. ¿Para usted?

Bas. No señor, para usted. El conde de Almaviva está aqui.

Bar. Hable usted bajo. ¿Aquel que en Madrid me andaba cogiendo las vueltas?

Bas. En la plaza de Santo Tomás vive, y sale disfrazado todos los dias. Ayer mañana le vieron entrar en la Lonja de Mercaderes, y por la tarde en la casa de Pilatos.

Bar. ¡Diantre! No hay duda; ese es negocio que me concierne. ¿Qué hariamos?

Bas. Si fuese un cualquiera, facil era quitar el estorbo de enmedio.

Bar. Sí, encargando á un gitano que le esperase una noche tras de una esquina, y le partiese la cara...

Bas. *¡Bone Deus!* ¡Comprometerse! Si fuera calumniarle, denunciarle á la inquisicion, ponerle á la sombra por toda su vida, eso vaya, concedo.

Bar. ¡Raro modo de deshacerse de un hombre!

Bas. ¡Qué! ¿la calumnia? No sabe usted lo que ella puede, cuando la desprecia: no hay hombre de bien que se libre de ser víctima suya. Murmura y te creerán, dice el adagio.

Bar. Ahora no se trata de adagios, sino de casarme con Rosita antes que ella sepa que existe tal conde.

Bas. En ese caso no debe usted perder un instante.

Bar. ¿Y á quién se lo dice usted? ¿No le he encargado de todas las diligencias relativas al asunto?

Bas. Ya; pero es tan facil olvidar un encargo si no lleva uno en el bolsillo alguna señal que se lo recuerde... Amigo, en la armonía del buen orden, una boda desproporcionada, una sentencia injusta, una trampa evidente, son disonancias que solo pueden disimularse con el acorde perfecto del oro.

Bar. Es preciso sujetarse á lo que usted quiere; pero que sea esta la última vez. (*Le da dinero.*)

Bas. Esta ya es otra música. Mañana estará todo concluido.

Bar. ¿Vendrá usted esta noche, don Basilio?

Bas. No me espere usted, porque llevo que hacer para todo el dia.

Bar. Pues hasta mañana. (*Le acompaña.*)

Bas. Quieto, quieto, señor don Bartolo.

Bar. No, no, que quiero echar la llave á la puerta. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

FÍGARO, *y despues* ROSITA.

Fig. ¡Buena precaucion! Cierra, cierra la puerta, que yo, cuando salga, se la dejaré abierta al conde.

Ros. (*Saliendo.*) ¡Qué! ¿todavía se halla usted aqui?

Fig. Buena cuenta le ha tenido á usted. El tutor y el sochantre creyéndose solos, acaban de hablar aqui libremente...

Ros. ¡Y los ha escuchado usted! ¿Sabe usted que es muy mal hecho?

Fig. ¿El escuchar? Pues es el único modo de enterarse. Sepa usted que el tutor dispone para mañana su boda con usted.

Ros. ¡Ay Dios mio!

Fig. No tema usted nada: nosotros le daremos tanto que hacer, que no le quedará tiempo para pensar en eso.

Ros. Aqui vuelve: váyase usted por la escalerilla escusada, que me trae usted con el alma en un hilo. (*Vase Figaro.*)

ESCENA X.

DON BARTOLO. — ROSITA.

Ros. ¿Ha tenido usted visita?

Bar. Sí, don Basilio, á quien he acompañado á la puerta, yo sé por qué. Tú mejor hubieras querido que hubiese sido el compadre Fígaro.

Ros. Le aseguro á usted que lo mismo me da.

Bar. Yo quisiera saber qué cosas tan urgentes tenia que decirte el señor barbero.

Ros. ¿Hemos de hablar de veras? Pues me dijo que, á su parecer, la tia Marcelina no está muy buena.

Bar. ¿Eso te dijo, eh? Pues yo jurara que te traía algun recadito.

Ros. ¿De quién?

Bar. ¡De quién! de quien nunca nombran las mugeres. Tal vez sería la respuesta al papel que se llevó el aire.

Ros. (*Ap.* Ni una yerra.) Merecia usted que fuese cierto.

Bar. Y lo es. Por lo menos, tú has escrito. (*Mirando la mano á Rosa y cogiéndosela.*)

Ros. Si se empeña usted en que haya de confesarlo...

Bar. Quien lo confiesa, aunque tú lo niegues, es este dedito manchado todavía de tinta.

Ros. ¡Ah!

Bar. ¿Qué tal? Desmiente ese testigo.

Ros. Pues. ¡Linda prueba! Suélteme usted la mano, que me lastima. Me quemé anoche, andando con la luz, y como dicen que es buena la tinta para las quemaduras, me dí con ella.

Bar. Veamos si el segundo testigo confirma la declaracion del primero. Es este cuadernillo de papel, en el que estoy seguro que habia cinco pliegos, porque los cuento todas las mañanas, hoy una de ellas.

Ros. (*Ap.* ¡Oh tonta de mí!)

Bar. Uno, dos, tres, cuatro...

Ros. El otro...

Bar. El otro es el que falta, el otro.

Ros. Del otro he hecho un cucurucho para unos dulces que le he enviado á la sobrina de Fígaro.

Bar. ¿A la sobrina de Fígaro? Y la pluma que estaba sin cortar, ¿cómo está cortada, y negra de tinta? ¿Se estila ahora cuando se regalan dulces, acompañarlos de una factura?

Ros. (*Ap.* ¡Qué diabólico instinto zeloso el de este hombre!) He perfilado con la pluma una flor que se habia bórrado en el dibujo de la chupa que le estoy bordando á usted.

Bar. ¡Qué aplicacion! Hija mia, para que te creyesen, era menester no ponerse colorada al disfrazar la ver-

dad; pero eso, gracias á Dios, no lo has aprendido todavía.

Ros. ¿Y quién no se avergonzaria viendo sacar tan malignas consecuencias de los actos mas inocentes?

Bar. Dices bien, y yo soy un canalla. Ya se ve, quemarse el dedo, mojarlo en tinta, hacer cucuruchos para dulces, y restaurar perfiles bordados, ¿qué cosa mas inocente? ¡Pero cuántas mentiras amontonadas para ocultar un hecho! Estoy sola, no me ven, podré mentir á mi salvo: esta es la cuenta que se hacen; pero luego la yema del dedo se queda tiznada, la pluma cortada, y falta el papel. No, de hoy mas, un buen candado en la puerta me responderá de tí, cuando salga de casa.

ESCENA XI.

EL CONDE, *con uniforme.* — DON BARTOLO. ROSITA.

Bar. Pero ¿qué nos quiere este hombre? ¡Un militar! Vete á tu cuarto, niña.

Con. (*Fingiendo estar bebido.*) ¿Cuál de ustedes dos, señoras, se llama el doctor Barbollo? (*Ap. á Rosita.* Teodoro soy.)

Bar. Don Bartolo me llamo.

Ros. (*Ap.* Ha nombrado á Teodoro.)

Con. Borbollo ó Repollo, tanto se me da. Se trata solamente de saber cuál de las dos... (*Ap. á Rosa.* Tome usted esta carta.)

Bar. ¿Cuál de las dos? ¿Pues no ve usted que soy yo? Márchate, Rosa, que este hombre parece que está alumbrado.

Ros. Pues por lo mismo. Usted se halla solo, y una muger siempre impone respeto.

Bar. Vete, vete, que yo no tengo miedo á nadie. (*Vase Rosa.*)

ESCENA XII.

EL CONDE. DON BARTOLO.

Con. ¡Oh! yo al momento le saqué á usted por la filiacion. (*Se guarda la carta.*)

Bar. ¿Qué es eso que esconde usted en el bolsillo?

Con. Hombre, si cabalmente lo guardo porque usted no lo vea.

Bar. ¡Mi filiacion! Esta familia siempre cree que está hablando con soldados.

Con. Pues digo bien: las señas son mortales. Edad, 700 años; estatura, la de Sancho Panza; ojos, de lechuza; cara, de vinagre...

Bar. ¿Qué significa esto? ¿Ha venido usted aqui á insultarme? Desaloje usted mi casa al momento.

Con. ¿Desalojar? Habla usted como si yo viniera á tontas y á locas. ¿Sabe usted leer, señor don Bertoldo?

Bar. ¡Otra embajada!

Con. No se incomode usted por eso, pues yo, que soy tan doctor como usted, lo menos...

Bar. ¿Cómo?

Con. Como que soy el médico de los caballos de mi regimiento. Por lo mismo me han alojado en casa de un compañero, espresamente.

Bar. ¡Un albeitar, un herrador ignorante se atreve á desdorar aquella ciencia cuyos aciertos los alumbra gozoso el sol!

Con. Y cuyos yerros se ocultan debajo de tierra.

Bar. Se conoce que solo está usted acostumbrado á hablar con cuadrúpedos.

Con. Señor doctor, esa es una barbaridad, con perdon sea dicho. ¿No es notorio que el mariscal cura á sus enfermos sin hablarles, cuando el médico charla muchísimo con los suyos...?

Bar. Y no los cura: ¿no es verdad?

Con. Cabalito.

Bar. ¿Quién diablos me ha enviado aqui á este zaque?

Con. Camarada, ¿van conmigo esas indirectillas?

Bar. En fin, ¿qué quiere usted? ¿qué se le ha perdido á usted en esta casa?

Con. (*Fingiendo enfadarse.*) ¡Calle! ¡qué! ¿se sofoca usted? ¿Qué quiero? ¿Pues no lo está usted viendo?

ESCENA XIII.

ROSITA. — DON BARTOLO. EL CONDE.

Ros. Señor militar, por Dios, no se incomode usted. (*Ap. á don Bartolo.* Háblele usted con tiento, porque á un hombre que desbarra...)

Con. Tiene usted razon: el señor desbarra; pero nosotros sabemos manejarnos. Yo galan y usted hermosa... pues... tal para cual. La verdad, yo con nadie quiero entenderme sino con usted.

Ros. ¿Qué tiene usted que mandarme?

Con. Una vagatela, niña: todo se reduce á que lea usted un papel que le traigo. (*Muestra á Rosa una carta que oculta con una boleta.*)

Bar. A ver, á ver: en casa nadie lee sino yo. (*Don Bartolo se acerca al conde, que guarda la carta, y le entrega la boleta.*)

Con. ¿No ha ido á la maestra la señorita?

Bar. ¡Una boleta de alojamiento!

Con. Pues: mesa y cama por veinte y cuatro horas; nadita mas.

Bar. (*Leyendo.*) "Para el maestro mariscal don Teodoro Campoamor..."

Con. Presente.

Ros. (*Ap.* Él es, el mismo es.)

Bar. Vaya usted y dígale al estúpido que ha estendido esa boleta, que el doctor don Bartolo del Naranjal está libre de bagajes y alojamientos.

Con. (*Ap.* ¡Oh cielos! ¡qué fatal contratiempo!)

Bar. Amiguito, parece que la noticia le desagrada á usted, y le despeja la cabeza algun tanto. Pues no por eso deje usted de levantar el campo al instante.

Con. (*Ap.* Por poco no me descubro.) A mí no me venga usted con chiquitas, que ya conozco yo las mañas de los patrones. Mientras usted no me manifieste el título auténtico, en virtud del cual puede usted pri-

varse del honor de mantenerme á su costa, aqui establezco mi pabellon.

Bar. Por eso no quede: en aquella papelera está. (*Va á ella y abre un cajon.*)

Con. (*En voz baja acercándose á Rosa.*) ¡Ay, hermosa Rosita!

Ros. ¡Qué, Teodoro! ¿Es usted?

Con. Tome usted esta carta.

Ros. Cuidado, que nos mira.

Bar. Poco á poco, señor albeitar, poco á poco; que no me gusta que miren á mi muger tan de cerca.

Con. ¿Es la señora su muger de usted?

Bar. ¿Pues qué ha de ser?

Con. Yo le tenia á usted por su bisabuelo paterno, materno, eterno y sempiterno. Lo menos hay tres generaciones antediluvianas entre ella y usted.

Bar. (*Presentando al conde un documento.*) Lea usted aqui, si es que no le estorba lo negro. "En atencion á los buenos servicios..."

Con. ¿Qué necesidad tengo yo de papeles mojados? (*Da un golpe al papel que le hace ir volando.*)

Bar. ¿Sabe usted, señor zapatero de bestias, que si llamo á mis criados, haré que le traten como merece?

Con. ¡Usted me desafia, me declara guerra, me presenta batalla! Yo la admito, y veremos si queda el campo por mi tizona. (*Desenvaina la espada.*) ¿No ha visto usted nunca una accion, señorita?

Ros. Ni quiero verla.

Con. ¿Ni siquiera un asalto?

Ros. ¡Huy! ¡qué miedo!

Con. ¡Qué! si es lo mas divertido del mundo. Figúrese usted en primer lugar que el enemigo (*Dando un empellon á don Bartolo.*) se halla á un lado del foso, y los nuestros al otro. (*Ap. á Rosa.* Cuando yo tire la carta, deje usted caer el pañuelo.) Supongamos que el foso es este.

Bar. Sí, Rosa y yo somos los enemigos. (*Desviando al conde.*) Vaya usted con su tropa á ocupar otra posicion.

Con. (*Colocándose al lado de Rosita.*) Buscando al enemigo el flanco por aqui... (*El conde echa en el suelo la carta; Rosita deja caer encima el pañuelo;*

don Bartolo, que ha visto el papel, quiere cogerlo; pero el conde se adelanta, lo alza y se lo entrega despues á Rosita.)

Bar. ¿Qué papel es ese?

Con. (*Recogiéndolo.*) ¿Qué ha de ser? Una carta del galan de esta señora. A la verdad que bien podia usted tener mas cuidado con la correspondencia reservada.

Bar. Venga, venga.

Con. *Paucus ad paucum, amice;* á cada uno lo que le pertenece. Si fuese alguna receta ó certificacion de difunto, que es lo mismo, no le disputaria yo á usted la propiedad. (*Da la carta á Rosa, que la guarda en un bolsillo del delantal.*)

Ros. Ya sé lo que es, señor mariscal.

Bar. Pero usted ¿se marcha hoy ó no?

Con. Hombre, sí: pasarlo bien, y perdonar la molestia. Aqui ya no tengo nada que hacer; con que hasta otra vista. No olvidarme, pimpollo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON BARTOLO. ROSITA.

Bar. (*Ap.* Al fin se marchó. Disimulemos.) ¿No tienes curiosidad de ver conmigo el papel que te ha entregado?

Ros. ¿Qué papel?

Bar. Ese que ha fingido alzar del suelo para que tú lo admitieras.

Ros. ¡Bueno! Si es una cuenta que le trajeron á usted ayer.

Bar. Pues á mí se me figura que él lo sacó de su bolsillo.

Ros. Si lo he visto yo.

Bar. ¿Qué te cuesta el mirarlo otra vez? Ahí lo guardaste...

Ros. Porque no anduviera rodando.

Bar. Ya estoy. Verás como es una sarta de majaderías.

Ros. ¿Pero qué idea se lleva usted con tanto porfiar? ¿Es por la maldita desconfianza?

Bar. Y tú ¿qué motivo tienes para no permitir que yo vea ese papel?

Ros. ¿Voy yo á inspeccionar los que le traen á usted? ¿pues por qué quiere usted pasar revista á los mios?

Bar. Yo soy su tutor de usted, esa es sin duda carta de algun pisaverde, y yo he de verla.

Ros. No la verá usted. Si se acerca usted á mí, tomo la mantilla, y me voy á quejar al señor asistente, al arzobispo, á la compañía de navegacion, á la maestranza, á todo el mundo.

Bar. Para quitarte ese capricho de la imaginacion, voy á cerrar la puerta de la escalera. (*Lo hace.*)

Ros. (*Ap.* Afortunadamente tenia conmigo un papel que él mismo se dejó en mi cuarto. Guardemos el de Teodoro.) (*Lo oculta en el pecho.*)

Bar. Con que ahora espero la entrega del testimonio comprobante.

Ros. ¿Con qué derecho?

Bar. Con el mas generalmente reconocido, el de la fuerza.

Ros. Enhorabuena. Lea usted, y satisfaga su necia curiosidad: ese motivo mas tengo para aborrecerle. (*Saca del bolsillo un papel, lo desdobla y se lo presenta á don Bartolo.*)

Bar. ¡Atrevida!

Ros. Lea usted.

Bar. (*Leyendo.*) "Cuenta y razon..." ¿Qué diablos es esto?

Ros. Lea usted.

Bar. ¡Dios de los ejércitos! Es la nota de mi dentista.

Ros. Adelante: ¿por qué se detiene usted?

Bar. No, pichona, no: quedo satisfecho de tu inocencia.

Ros. Léalo usted. (*Leyendo ella.*) "Cuenta de la dentadura...

Bar. ¿Pero cómo diantres...?

Ros. De colmillo de rinoceronte...

Bar. Si yo hubiera jurado que vi al albeitar...

Ros. Elaborada por encargo del señor don Bartolo."

Bar. He sido un idiota, un africano. Perdona, Rosita.

Ros. Jamas.

Bar. Las apariencias me engañaron. Perdon.

Ros. ¡Calumniar de ese modo á una jóven de mis principios, de mis circunstancias!

Bar. Mi amor, mis zelos, mi maldita suerte...

Ros. A mí que soy la sencillez misma, que no sé mentir sin ponerme colorada!

Bar. Pues ahora estás echando fuego por las mejillas.

Ros. De ira, de sentimiento.

Bar. Yo me corregiré, yo me enmendaré en adelante.

Ros. Jamas me volverá usted á ver alegre la cara.

Bar. ¡Rosita!

Ros. No me atormente usted mas con su presencia. (*Vase.*)

Bar. ¡Rosita! ¡Muchacha! — Me colgaria de una reja de mejor gana que lo digo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON BARTOLO.

¡Qué humor! ¡qué maldito humor! No hay forma de averiguarse con ella. Á ver: ¿quién me sabrá decir de dónde diablos le ha venido la idea de no querer que don Basilio le siga dando leccion? ¿Si sabrá que entiende en mi boda y...? Desvélese usted para tener á una muchacha contenta: si usted omite un solo punto, uno solo que se olvide... (*Llaman.*) Veamos quién es.

ESCENA II.

EL CONDE, *con sotana y manteo.*—DON BARTOLO.

Con. Paz sea por siempre en esta casa.

Bar. Lo que es ahora, buena falta hace. ¿Qué se le ofrece á usted?

Con. Señor, yo soy don Alonso Cañizares, bachiller, licenciado...

Bar. No necesito dómine.

Con. Discípulo de don Basilio, el organista del hospital de la Sangre, que tiene el honor de enseñar la música á la señorita.

Bar. Don Basilio... que tiene el honor... Ya lo sabemos: al caso.

Con. (*Ap.* ¡Qué hombre!) Habiéndose sentido repentinamente atacado de una convulsion atroz, que le obliga á hacer cama...

Bar. ¡Don Basilio enfermo! Muy bien ha hecho en avisar. Voy al instante á verle.

Con. (*Ap.* ¡Demontres!) Cuando digo que tiene que hacer cama, quiero decir... que no está para salir de casa.

Bar. Aunque solo sea una leve indisposicion la suya, eche usted á andar, que voy con usted.

Con. (*Cortado.*) Señor, yo venia comisionado... ¿Nos puede oir alguien?

Bar. Nadie, señor aspavientos; hable usted sin turbarse, si puede. (*Ap.* Este es algun pícaro.)

Con. (*Ap.* ¡Viejo maulon!) Don Basilio me habia encargado que pusiera en noticia de usted...

Bar. Hable usted recio, que soy sordo de un oido.

Con. (*Alzando la voz.*) De buena gana.—Que el conde de Almaviva, que vivia en la plaza de Santo Tomas...

Bar. Hable usted bajo, hable usted bajo.

Con. (*Mas recio.*) Se ha mudado esta mañana. Y como ha sabido por mí don Basilio que el citado conde de Almaviva...

Bar. Bajo: hable usted bajo por Dios.

Con. (*Recio.*) Estaba en esta ciudad; y como yo he descubierto que doña Rosita se cartea con el susodicho...

Bar. ¿Se cartean? Amigo de mi alma, por nuestra Señora de las Angustias, hable usted mas bajo; que le pueden oir á usted desde el postigo del Aceite. Sentémonos, y conversemos con toda cordialidad y franqueza. (*Siéntanse.*) ¿Con que dice usted que ha descubierto como Rosita...?

Con. Si señor, yo he sido. Don Basilio, inquieto con la noticia de esta correspondencia, me ha rogado que le enseñe á usted una carta; pero tiene usted un modo de recibir á las gentes...

Bar. Hombre, yo á nadie recibo mal; pero ¿no puede usted hablar sino á voces?

Con. A los sordos, no se les habla de otra manera.

Bar. Dispense usted, señor don Alonso, dispénseme usted si le he manifestado desconfianza y descortesía, porque me acosan por todas partes tantos embrollistas... Y luego, su traza de usted, su edad y continente... Perdone usted.

Con. Con esos modos, va bien; sin embargo temo que nos escuchen.

Bar. ¿Quién nos ha de escuchar? Todos mis criados es-

tan en cama; Rosita en su cuarto hecha una víbora; Lucifer ha tomado por asalto mi casa. Con todo, voy á asegurarme.

Con. (*Ap., mientras don Bartolo entreabre la puerta del cuarto de Rosita.*) Por falta de serenidad, he dado una picia. Si ahora no entrego la carta, tendré que marcharme, que es como sino hubiera venido. Si se la enseño... Como pueda prevenir á Rosita, dar la carta al viejo es un golpe maestro.

Bar. Está á la ventana, de espaldas á la puerta, leyendo un papel.

Con. (*Ap.* ¡El mio!)

Bar. Veamos el suyo.

Con. Aqui está. (*Da á don Bartolo una carta.*)

Bar. (*Leyendo.*) "Desde que usted me ha declarado su nombre y clase..." ¡Ah pérfida! esta es su letra.

Con. (*Sobresaltado.*) Hable usted bajo, usted tambien.

Bar. ¡Cuántas gracias, amigo...!

Con. No; aguarde usted para dármelas, á la conclusion del negocio. Segun el tenor de una minuta, que con arreglo á las instrucciones de don Basilio, queda ahora estendiendo un dependiente de la vicaría...

Bar. ¿De la vicaría? Será cosa de boda.

Con. Por supuesto. Y me ha encargado le diga á usted que todo puede quedar corriente mañana. Entonces, si la niña resiste...

Bar. ¡Vaya si resistirá! (*El conde alarga la mano para recoger la carta, pero don Bartolo se la guarda.*)

Con. Pues ese es el punto en que puedo servir á usted. Le presentaremos su carta, y hasta le diré, si es preciso, que la he recogido de manos de una muger, á quien el conde la ha sacrificado. Ya conoce usted que la turbacion, la vergüenza y el despecho pueden conducirla en un pronto...

Bar. ¿Calumnia al canto, eh? Ya se le conoce á usted la escuela de don Basilio. Pero para que esto no tuviera apariencias de plan convenido, ¿no sería bueno que ella le conociese á usted de antemano?

Con. (*Reprimiendo un movimiento de suma alegria.*) Don Basilio bastante se inclinaba á eso; pero ¿cómo se ha de hacer? Ya es casi medio dia, y á tales horas...

Bar. Le diré que viene usted en su lugar. ¿No podria usted darle una leccion?

Con. Yo por servir á usted, me prestaré á todo; pero ¿y si ella se malicia...?

Bar. Presentándole yo á usted, ¿cómo? Y que usted mas parece un amante disfrazado, que un amigo oficioso.

Con. ¿Sí? ¿Con que cree usted que mi personal puede ayudar á la tramoya?

Bar. Como que el mas ladino se llevaría chasco. Ella hoy se halla de un humor diabólico; pero aunque no hiciera mas que verle á usted... Aguárdeme usted un momento, que voy á hacer todo lo posible para traerla. Puede usted examinar en el ínterin aquellos papeles de música.

Con. Guárdese usted de hablar de la carta...

Bar. ¿Antes del momento decisivo? Entónces perdería todo su efecto. No hay que decirme las cosas dos veces; que al buen entendedor, pocas palabras. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL CONDE.

Ya estoy en salvo. ¡Uf! ¡qué duro es de pelar este diablo de hombre! Bien le conoce Fígaro. Yo no acertaba á mentir con desembarazo; mi turbacion me perdia, y él ¡tiene mas narices...! No hay remedio, sin la repentina inspiracion de la carta, me echaban como á un majadero. (*Escuchando.*) ¡Oh cielos! allá disputan... ¿Si se obstinará en no venir? Oigamos.—Rehusa salir de su cuarto: he perdido el fruto de mi ardid.—No, ya viene.

ESCENA IV.

DON BARTOLO. ROSITA.—EL CONDE.

Ros. ¿Dónde está ese maestro que usted no se atreve á despedir? Verá usted como con dos palabras le envío á paseo á él y á don Basilio. (*Conoce al conde y da un grito de sorpresa.*) ¡Ay!

Bar. ¿Qué tienes?

Ros. (*Muy turbada.*) ¡Ay! ¡Válgame Dios! Caballero...

Con. Señorita...

Bar. ¿Te pones mala? ¿Se te va la cabeza? Don Alonso...

Ros. No estoy mala, no, sino que al volverme... ¡Ay!

Con. ¿Se le ha torcido á usted un pie, señorita?

Ros. Sí señor, eso es; y me he hecho un daño...

Con. Bien lo he reparado yo.

Ros. El corazon se me ha estremecido.

Bar. Un asiento... Jamas ha de estar el sillon á mano. (*Va por él.*)

Con. ¡Ah Rosita! (*Hablan los dos ap.*)

Ros. ¡Qué imprudencia!

Con. Tengo mil cosas importantes que decir á usted.

Ros. No se apartará de nosotros.

Con. Fígaro va á venir á ayudarnos.

Bar. (*Volviendo con el sillon.*) Ten, hermosa, siéntate. Señor maestro, como se ha indispuesto del pie, no podrá cantar; mañana le dará usted leccion. Puede usted retirarse.

Ros. No, aguarde usted, que el dolor se me ha templado un poco. Reconozco que me escedí antes con usted, y quiero seguir su ejemplo, reparando sin dilacion...

Bar. ¡Qué natural tan precioso de niña! Pero, hija, despues de semejante conmocion, no permitiré yo que hagas el menor esfuerzo. Vaya usted con Dios, señor don Alonso.

Ros. Un momento, por favor.

Con. (*Ap. á don Bartolo.*) Si usted me cree, no se oponga.

Bar. Se acabó, queridita mia: tan ageno estoy de desagradarte, que te quiero hacer compañía todo el tiempo que estudies.

Ros. No señor, no: si ya sé que la música no tiene para usted ningun atractivo.

Bar. Pues esta vez me encantará. No hay remedio, he de oirte, y asi, ya te puedes plantar al piano.

Ros. (*Ap.* ¡Qué suplicio!) (*Se sienta al piano.*)

Con. ¿Qué es lo que va usted á cantar, señorita?

Ros. La *Inútil Precaucion.*

Bar. ¡Dale con la *Inútil Precaucion*!

Con. Como es cancion nueva... Lo nuevo siempre agrada.

Ros. Jamas he gustado yo de vejeces.

Bar. Ni yo de música de estrangis. Tengo una aversion á todo lo que es forastero...

Ros. Yo miro á los forasteros con gratitud: yo hice amistades en Madrid, á pesar de ser forastera. (*Preludía.*)

Bar. (*Ap. al conde.* Siempre acordándose de aquel maldito Madrid.)

Con. (*Ap. á don Bartolo.* Y de las relaciones entabladas en él.)

Rosa. (*Canta.*)

A Simon echa de casa
la severa doña Blasa,
porque teme que su nieta
se enamore de Simon.
¡Qué muger tan indiscreta!
¡cuán inútil precaucion!
Cada instante con la niña
por Simon emprende riña:
ella que antes no le amaba,
ya le quiere con pasion.
¡Y la vieja ponderaba
su prudente precaucion!
Ya se trata de la boda:
doña Blasa se incomoda,
y á la novia pone presa
dentro de un camaranchon.
Una niña, si es traviesa,
burla toda precaucion.
Desparece la reclusa;
doña Blasa está confusa:
la buscó en la vicaría;
la encontró con su Simon.
Doña Blasa repetia:
¡cuán inútil precaucion!

Con. Perfectamente, señorita.

Bar. Bien cantado, eso sí; pero la cancion es de muy mal ejemplo. Los jóvenes no deben burlarse de los mayores.

Ros. Ni los mayores deben dar á los jóvenes estado contrario á su voluntad: asi dice el catecismo.

Bar. Otras máximas se inculcaban antes en el teatro. Hasta en las tonadillas encontraba uno á veces lecciones de moral.

Con. (*Ap.* ¡Lince habia de ser el que las descubriera!)

Bar. ¡Y qué coplas solian tener tan bonitas! Y todo el mundo las aprendia, en oyéndolas media vez. Sabia yo antes una aria... Verán ustedes. (*Canta.*)

Si quieres un marido,
Rosita hermosa mia...

(*Ap. al conde.* Frasquita dice el original; pero yo he cambiado el nombre con arreglo á las circunstancias. ¡Eh! ¿Qué le parece á usted?)

Con. ¡Vaya! Grandemente.

Bar. (*Canta.*)

Si quieres un marido,
Rosita hermosa mia,
y ser de Andalucía
la esposa mas feliz,
esa manita hermosa
dásela á Bartolito;
que no es su cuerpecito
talego de terliz.
Amante y rico esposo
conmigo al fin te toca,
y á oscuras se equivoca
mochuelo con perdiz.

(*Cuando don Bartolo está engolfado en el final de su aria, que acompaña con acciones y movimientos estravagantes, sale Fígaro y se pone á remedarle; vuelve don Bartolo la cabeza y le ve.*)

ESCENA V.

FÍGARO.—ROSITA. EL CONDE. BARTOLO.

Bar. Adelante, señor barbero, adelante. ¡Qué gracioso es usted!

Fig. Lo mismo me decia mi madre cuando era chiquito; pero desde entonces acá he perdido mucho.

Bar. ¿Viene usted otra vez á sangrar, á jaropear, á hacer mas estragos en mi casa?

Fig. Señor, no todos los dias hay funciones reales; pero sin contar las tareas cotidianas, ya ha podido usted ver que cuando hago falta, mi celo no necesita de insinuaciones.

Bar. Pues sería muy bueno que aguardase á recibirlas. ¿Qué dirá usted, señor celoso, qué dirá á ese infeliz que bosteza y duerme despierto, y al otro que lleva tres horas seguidas estornudando, que no sé cómo no se le han saltado los cascos de la cabeza?

Fig. ¿Qué les diré?

Bar. Sí señor.

Fig. Al que estornuda, le diré: Dios te ayude; y al que se duerme: vete á la cama. Lo que es eso no le costará á usted dinero.

Bar. Ya se ve que no; pero la sangría y las recetas me costarian, si yo pasara por ello. ¿Y ha sido tambien por celo el empaquetarle los ojos á mi mula? ¿Ó le restituirá la vista la cataplasma que usted le ha puesto?

Fig. Si no se la restituye, tampoco se la quitará.

Bar. Pues que vea yo esa partida en la cuenta de los honorarios. Un poco mejor haria usted en vez de manifestar ese celo de atormentar al prójimo, si me abonase usted los cien ducados de marras con sus intereses: ¿oye usted?

Fig. ¿Duda usted de mi probidad? Apuradamente mas quisiera yo deberle á usted toda mi vida los tales cien ducados, que negarlos una sola vez.

Bar. Y dígame usted: ¿que tales le han parecido á la sobrinita los dulces?

Fig. ¿Qué dulces? ¿Qué quiere usted decir?

Bar. Sí, aquellos dulces de esta mañana, que iban en aquel cucurucho de papel de cartas...

Fig. Lléveme pateta si...

Ros. ¿Se acordó usted de dárselos de mi parte? Yo se lo encargué á usted.

Fig. ¡Ah! ¿los dulces de esta mañana? ¿Qué mastuerzo que soy! Todo se me habia pasado ya. ¡Oh! escelentes, señorita, deliciosos.

Bar. ¡Escelentes, deliciosos! Sí, sí: compóngalo usted. Amigo, no hay duda que ha tomado usted un oficio decente.

Fig. ¿Pues qué tiene, señor don Bartolo?

Bar. Y que le dará á usted una reputacion magnífica, señor Fígaro.

Fig. Yo la sostendré, señor don Bartolo.

Bar. Diga usted que la soportará, señor Fígaro.

Fig. Como usted quiera, señor don Bartolo.

Bar. ¡Qué pronto se sube usted á la parra, señor mio! Pues sepa usted que yo, cuando disputo con un majadero, no cedo nunca.

Fig. Señor mio, en eso no nos parecemos, porque yo á las primeras de cambio, le vuelvo la espalda. (*Lo hace asi.*)

Bar. ¿Eh? Don Alonso, ¿qué es lo que dice este hombre?

Fig. ¿Usted piensa que trata con algun barberillo de tres al cuarto, que no sabe manejar mas que la navaja?

Bar. En fin, ¿qué asunto le trae á usted por acá? ¿Hay alguna cartita que dar á la muchacha? Dígalo usted, y me retiraré.

Fig. ¡Caramba, y qué modito gasta usted con los pobres! ¿Que á qué vengo? Toma, vengo á afeitarle á usted y á largarme en seguida, haciéndole mas cruces que hay en el barrio de Triana.

Bar. Vuelva usted despues.

Fig. ¡Sí, volver! Mañana pasa revista el regimiento que ha entrado, y tengo que acicalar á toda la plana mayor: con que mire usted el tiempo que me queda de sobra. ¿Pasa usted á su cuarto?

Bar. No señor, no paso á mi cuarto. ¿Quién le impide á usted rasurarme aqui?

Ros. ¡Qué finura! ¿No puede ser sino donde estoy yo?

Bar. No te enfades, hija: vas á estudiar, y no quiero perder un instante el placer de oirte.

Fig. (*Ap. al conde.* No le vamos á arrancar de este cuarto.) (*Gritando.*) Juan Avispa, tio Angelito: el paño, el navajero y el escalfador. Vamos.

Bar. Sí, déles usted voces. Cansados, quebrantados, molidos, gracias á sus jaropes de usted, harto harán en estarse tendidos á la larga.

Fig. Pues bien, yo iré por todos los avíos. ¿No estan en su cuarto de usted? (*Ap. al conde.* Voy á hacerle salir.)

Bar. No, los traeré yo mismo. (*Ap. al conde.* Hágame usted el favor de no perderlos de vista.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. ROSITA. FÍGARO.

Fig. Se nos ha escapado la mejor ocasion, porque iba á darme el llavero. ¿No está en él la llave de la reja?

Ros. Es una que hay nuevecita.

ESCENA VII.

DON BARTOLO. — DICHOS.

Bar. (*Ap.* Vaya que no sé en qué estoy pensando.) ¡Dejar aqui al sátrapa del barbero! (*A Figaro dándole una llave.*) Tome usted. En el armario del gabinete; y cuidado con tocar á nada.

Fig. Un demonio tocaré: ya me podia prevenir. (*Ap.* Véase como el cielo favorece las buenas intenciones.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE. ROSITA. DON BARTOLO.

Bar. (*Hablando á un lado con el conde.*) Ese es el pí-

caro que trae y lleva los recados del conde.

Con. ¡Una pinta tiene de bribon!

Bar. No me la pegará otra vez.

Con. Como que tenemos andado lo mas del camino.

Bar. Bien mirado, mas prudente me ha parecido enviarle á mi cuarto, que dejarle aqui con ella.

Con. Crea usted que no se hubieran dicho una palabra, sin que yo la oyera.

Ros. ¿Está en el orden, señores, que hablen ustedes aparte continuamente? (*Ruido dentro de vasijas quebradas.*)

Bar. ¡Qué es lo que oigo! ¿Cuánto va que aquel hombre de perdicion ha tirado á rodar el juego de china? (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL CONDE. ROSITA.

Con. Aprovechemos el momento que la industria de Fígaro nos proporciona. Permítame usted, señorita, permítame usted esta noche que la hable un momento, si quiere librarse de la esclavitud en que está próxima á caer.

Ros. ¡Ay Teodoro!

Con. Yo puedo entrar por esa ventana, si usted deja la falleba de los postigos en falso. En cuanto á la carta que he recibido de usted esta mañana, me he visto en la precision...

ESCENA X.

DON BARTOLO. FÍGARO. — EL CONDE. ROSITA.

Bar. Lo que dije: todo lo ha hecho añicos: jarra, tetera, cafetera, hasta el Neron de porcelana que me regaló el arcipreste, cuando se le murió su tio, por mi asistencia.

Fig. ¿Y por qué diantres tiene usted aquella pieza á oscuras? Tropecé con el velador al tiempo de quitar la llave de... (*Enseña una al conde.*)

Bar. Se mira, ó se tienta.

Fig. Haberme avisado, y le hubiera cedido á usted el

gusto de abrazarse en el suelo con el Neron del arcipreste.

ESCENA XI.

DON BASILIO. — DICHOS.

Ros. (*Ap.* ¡Don Basilio!)
Con. (*Ap.* ¡Justo cielo!)
Fig. (*Ap.* El diablo le ha traido.)
Bar. Amigo don Basilio, me alegro de la mejoría. ¿Con que aquello no ha pasado adelante? La verdad, aqui don Alonso me puso en mucho cuidado. Que diga si no quise ir á ver á usted, y solo porque él me detuvo...
Bas. (*Admirado.*) ¡Don Alonso!
Fig. ¿Que nunca han de faltar estorbos? ¡Dos horas para servir á un parroquiano! ¡Maldito oficio!
Bas. ¿Me harán ustedes el gusto de decirme, señores...?
Fig. Cuando yo me marche, hablará usted.
Bas. Pero muy bueno sería...
Con. Que usted callara, don Basilio. ¿Cree usted que va á contar al señor algo que le coja de nuevas? Si ya le he dicho que usted me ha encargado de venir á dar una leccion de música por usted.
Bas. ¡Una leccion de música...! ¡Don Alonso...!
Ros. (*Ap. á don Basilio.* ¡Eh! calle usted.)
Bas. (*Ap.* ¿Tambien la niña?)
Con. (*Ap. á don Bartolo.* Dígale usted en secreto que estamos convenidos.)
Bar. (*Ap. á don Basilio.* No vaya usted á desmentirnos, diciendo que no es su discípulo de usted, porque lo echaría usted á perder todo.)
Bas. (*Ap.* ¿Qué trapisonda es esta?)
Bar. Verdaderamente, don Basilio, que su discípulo de usted es sugeto de un talento superior.
Bas. (*Atónito.*) ¡Mi discípulo! (*A don Bartolo á media voz.*) Hombre, yo venia á informar á usted de que el conde se ha mudado.
Bar. Ya lo sé: calle usted.
Bas. ¿Quién se lo ha dicho á usted?
Bar. ¿Quién ha de ser? El señor. (*Señala al conde,*

que se acerca á hablar aparte á don Basilio, y lo mismo hacen Figaro y Rosita.)

Con. Por supuesto que yo. Oiga usted y calle.

Ros. ¿Tanto le costará á usted el no hablar palabra?

Fig. No sea usted pollino: haga lo que se le dice.

Bas. (*Ap.* ¿Quién diablos es el chasqueado aqui? ¡Si todos estan en el secreto!)

Bar. ¿Y qué tal, don Basilio? ¿Y mis diligencias?

Fig. Hasta las doce de la noche tienen ustedes lugar para hablar de diligencias.

Bar. ¿No ha estado usted en la vicaría?

Bas. ¿Qué vicaría, ni qué alforjas? No señor, no he estado en la vicaría; no he salido de mi casa si no para entrar en esta, donde no sé si estoy en el infierno, en el purgatorio ó en el limbo.

Con. (*Ap. á don Bartolo.* ¿Quiere usted que se esplique aqui en presencia de ella?) Despídale usted.

Bar. (*Ap. al conde.* Tiene usted razon.) —¿Pero qué mal le acometió á usted tan de repente?

Bas. Vaya, yo no le entiendo á usted.

Con. (*Dando ocultamente un bolsillo á don Basilio.*) Sí, quiere decir el señor que ¿á qué propósito viene usted aqui en el estado de indisposicion en que se halla?

Fig. Si está amarillo como una cera.

Bas. ¡Ah! ya entiendo.

Con. Amigo don Basilio, váyase usted y acuéstese, porque usted está padeciendo, y nosotros de verlo, mas todavía. Váyase usted á acostar.

Fig. Tiene toda la fisonomía desencajada. Váyase usted á acostar.

Bar. No hay mas, que huele á calentura desde una legua. Váyase usted á acostar.

Ros. ¿Por qué ha salido usted, espuesto á ponerse peor? Váyase usted á acostar.

Bas. ¿Que me vaya á acostar?

Todos. Sí por cierto, sí señor.

Bas. (*Mirando á los cuatro uno por uno.*) En efecto, señores; creo que no haré mal en retirarme, porque conozco que aqui... no estoy bien.

Fig. Está usted malísimamente: no conoce usted el daño que se hace.

Bar. Pues hasta mañana, si usted se alivia.

Con. Don Basilio, yo iré por casa de usted tempranito.

Fig. Y créame usted, arroparse bien, sudar de firme.

Ros. Vaya usted con Dios, don Basilio.

Bas. (*Ap.* Lléveme el diantre si comprendo una jota, y á no ser por el bolso...)

Todos. Abur, abur, don Basilio.

Bas. Pues abur, señores, abur. (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL CONDE. ROSITA. DON BARTOLO.

Bar. (*Con tono magistral.*) Ese hombre está febricitante.

Con. Le habrá pasado un aire.

Fig. ¿Han visto ustedes cómo hablaba solo? ¡Lo que somos! (*A don Bartolo.*) ¿Con que se determina usted esta vez?

Bar. Vaya de esta vez. Ustedes pueden entre tanto...

Con. Vamos allá. (*Siéntanse al piano el conde y Rosa.—Figaro pone á don Bartolo una silla distante del piano, y mientras afeita al doctor, se coloca siempre entre él y los amantes.*)

Con. Antes de retirárme, señorita, debo decir á usted dos palabras esenciales á los progresos del arte en que tengo el honor de instruirla. (*Le habla al oido.*)

Bar. ¡Qué diablos! Parece que de intento se pone usted delante de mí para impedirme que vea...

Con. Tenemos la llave de la reja, como decia á usted, y vendremos á media noche.

Fig. ¿Qué hay que ver allí? Si fuera leccion de baile, vaya con Dios; pero de canto... Música, pintura y quimeras, de lejos. ¡Ay! ¡ay!

Bar. ¿Qué es eso?

Fig. Yo no sé qué se me ha entrado en un ojo.

Bar. No se hurgue usted.

Fig. Es el izquierdo: ¿querrá usted hacer el favor de soplármele?

Con (*Ap. á Rosita.* Y en cuanto á su carta de usted...)

Fig. (*Tosiendo para avisar á los amantes que don Bartolo los observa.*) —Ehem, hem. (*Don Bartolo va de puntillas, y se coloca detras del conde y Rosita.*)

Con. Desesperado de ver inútil por segunda vez mi disfraz...

Bar. (*Dando un grito.*) ¡Inútil el disfraz!

Ros. ¡Ah!

Bar. Muy bien, señores; proseguir adelante. ¡Hay desvergüenza como ella! ¡Á mis mismos ojos! ¡En mi presencia misma, ultrajarme de este modo!

Con. ¿Qué le pasa á usted, señor don Bartolo?

Bar. Usted es un canalla.

Con. Señor mio, si le acometen á usted á menudo manías como la que presencio por casualidad, ya no me admira la aversion que muestra la señorita á ser esposa de usted.

Ros. ¿Yo su esposa? ¿Yo pasar mis dias al lado de un hombre zeloso, con quien el único porvenir que se me presenta es un espantoso cautiverio?

Bar. ¡Qué es lo que escucho!

Ros. Sí, lo digo sin reparo: daré la mano y el corazon al que pueda arrancarme de esta prision horrible, donde mi persona y mis bienes estan detenidos contra toda justicia. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE. DON BARTOLO. FÍGARO.

Bar. ¡Me ahoga la cólera!

Con. En efecto, amigo; dificil es que una jóven de tan pocos años...

Fig. Ahí está el cuento: ella tiene pocos y el señor demasiados, que es lo suficiente para trastornar la cabeza mas firme.

Bar. ¿Cómo se entiende? ¿Con que despues de pillarlos en el garlito...? ¡Barbero infernal ¡De mejor gana...

Fig. Yo me retiro, porque este hombre está loco.

Con. Y yo tambien. Sin disputa que está loco.

Fig. Está loco, vamos, está loco. (*Vanse el conde y Fígaro.*)

ESCENA XIV.

DON BARTOLO.

¿Con que estoy loco? ¡Infames corruptores! ¡Emisarios del diablo, cuyo oficio haceis, y que ojalá cargara con vosotros...! ¿Con que estoy loco? Los he visto como veo este sitial, ¡y sostener descaradamente...! Es forzoso que don Basilio venga al punto á esplicarme este enigma. Si esto es para perder uno el entendimiento; es cosa de perder el entendimiento.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Óyese el ruido de una fuerte tempestad. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON BARTOLO. DON BASILIO, *con un farolito de papel y un paraguas.*

Bar. ¿Pues cómo, don Basilio? ¿Usted no le conoce? ¿Es posible?

Bas. Mil veces que usted pregunte, le daré la misma respuesta. Habiendo devuelto á usted la carta de Rosita, sin duda es algun emisario del conde; pero segun el magnífico regalo que me hizo, ha de ser S. E. en persona.

Bar. ¡Buenas trazas! Pero ahora que hablamos de esto, ¿por qué lo recibió usted?

Bas. Señor, ustedes parecia que estaban de acuerdo; yo no comprendia palabra; pero en los casos dificiles de juzgar, siempre un bolsillo de dinero me ha parecido un argumento sin réplica. Y luego, como dice el adagio, lo que es bueno de tomar...

Bar. Sí, es bueno de abonar.

Bas. ¡Qué! De guardar.

Bar. ¡Oiga!

Bas. Sí señor: yo he arreglado algunos refrancillos asi, con variaciones. Pero vamos al caso: ¿á qué se resuelve usted?

Bar. ¿No haria usted en mi lugar, señor don Basilio, los últimos esfuerzos para calzarse con la muchacha?

Bas. Por vida mia que no, señor don Bartolo. En toda clase de bienes, el poseerlos es lo que menos importa; el disfrutarlos sin oposicion es lo principal;

y por mi voto, casarse con una muger que no le quiere á uno, es esponerse...

Bar. ¿Qué? ¿teme usted que me sobrevenga algun revés?

Bas. Gran cosecha hay de eso este año, camarada. Yo, la verdad, no violentaria la inclinacion de Rosa.

Bar. Servidor de usted, señor don Basilio. ¿Qué será mas puesto en razon? ¿que dé ella algun suspiro al entregarme la mano, ó que dé yo el último al verla de otro?

Bas. ¿Es cuestion de vida ó muerte? Pues señor, cásese usted para no morirse; pero cuenta con no morirse despues por haberse casado.

Bar. ¡Qué disparate! ¿Si sabré yo cuándo me he de morir?

Bas. Es verdad: ¡un médico...! Lo dicho: cásese usted.

Bar. No que no; y esta noche misma.

Bas. Pues abur. Cuando hable usted á la niña, no se olvide de ponerlos á todos de oro y azul.

Bar. ¡Oh! ya estoy en ello.

Bas. La calumnia, señor doctor, la calumnia: ahí se ha de venir á parar siempre.

Bar. Aqui tengo la carta de Rosa, que el tal don Alonso me entregó, indicándome, tal vez contra su voluntad, el uso que debo hacer de ella.

Bas. Quede usted con Dios. A las doce vendré con el notario de la vicaría.

Bar. ¿No puede ser antes?

Bas. Imposible: si está tambien embargado para tomar otro dicho. Parece que se casa una prima de Fígaro, y han querido que vaya á casa de este.

Bar. ¿Qué prima? Si no tiene tal prima.

Bas. Pues eso le han dicho al notario.

Bar. Trapisondas y enredos de ese perillan.

Bas. ¿Piensa usted acaso...?

Bar. ¡Pues cierto que los niños no son abonados para todo! Amigo mio, yo estoy que no me llega la ropa al cuerpo. Vuelva usted á casa del notario, y que venga aqui con usted al punto.

Bas. Infernal está la noche con la lluvia; pero nada me detiene, tratándose de servir á usted. (*Don Basi-*

lio se encamina á la puerta, y don Bartolo le sigue.) ¿A qué viene el acompañarme?

Bar. Si el caribe de Fígaro ha estropeado á todos mis sirvientes.

Bas. Ve usted que llevo luz.

Bar. Tome usted, don Basilio; este es el picaporte. Yo le espero á usted en pie, y venga quien venga, no ha de entrar bicho viviente esta noche, sino usted y el notario.

Bas. Con tales precauciones, esté usted seguro del triunfo. (*Vanse los dos.*)

ESCENA II.

ROSITA.

Me parecia haber oido hablar. Teodoro no tardará en venir, y con esta lluvia no encontrará un alma por esas calles. ¡Ay Teodoro! ¿Si faltarás á tu promesa? ¿Qué ruido oigo, Dios mio? Es el tutor: retirémonos.

ESCENA III.

DON BARTOLO. ROSITA.

Bar. ¡Hola! ¡Rosita! Una vez que todavía no te has acostado...

Ros. Ahora iba...

Bar. La tempestad no te dejará dormir, y tengo cosas muy urgentes que decirte.

Ros. ¿Qué me quiere usted, señor? ¿No basta el andar atormentándome todo el dia?

Bar. Escúchame, Rosita.

Ros. Mañana le escucharé á usted.

Bar. Pero, muger, un momento.

Ros. (*Aparte.* ¡Si el otro viniera!)

Bar. ¿Conoces esta carta? (*Le presenta la que le dió el conde.*)

Ros. ¡Dios eterno!

Bar. Mi intencion no es reprenderte, Rosita, porque á tu edad cualquier desacierto es disculpable; pero yo

soy tu amigo, y tengo derecho á que me oigas.

Ros. Yo no puedo mas.

Bar. Esta carta que has escrito al conde de Almaviva...

Ros. ¿Al conde de Almaviva?

Bar. Para que veas qué hombre tan infame es el conde. Al momento que la recibió, se fue alabando de ello por ahí; como que ha venido á mis manos por medio de una muger, á quien él la entregó al instante.

Ros. ¡El conde de Almaviva!

Bar. Tú no acabas de convencerte de esta perfidia. Rosita, la inesperiencia os hace crédulas y confiadas; pero es menester que sepas en qué lazo ibas á caer. De todo me ha dado cuenta esa muger que digo, naturalmente por librarse de una competidora tan temible como tú. Vaya, yo me estremezco. Mancomunados infamemente contra tu honor Almaviva, Fígaro y ese don Alonso, que ni se llama asi, ni es discípulo de don Basilio, sino solo un vil agente del conde, te iban á arrastrar á un abismo, de donde nadie hubiera podido salvarte luego.

Ros. ¡Qué horror! ¿Es posible? ¡Teodoro! aquel jóven...

Bar. (*Ap.* Ya sé que se llama Teodoro.)

Ros. ¡Era por el conde de Almaviva! ¡Era por otro!

Bar. Esto me han dicho al entregarme la carta.

Ros. ¡Qué indignidad! Pero cara ha de costarle. Señor, usted pretendia mi mano...

Bar. Ya has podido ver si te adoro.

Ros. Si usted me quiere aun, suya soy.

Bar. Sea enhorabuena. El notario vendrá esta noche misma, y recibirá tu promesa.

Ros. ¡Ay! Aun no lo sabe usted todo. ¡Oh cielos! ¿no estoy harto humillada? Sepa usted que dentro de breves instantes osará Teodoro, ese pérfido mercenario, entrar por aquella reja, cuya llave han tenido la astucia de quitarle á usted.

Bar. (*Mirando el llavero.*) ¡Ay qué malvados! Hija mia, yo no me aparto de tí.

Ros. ¡Ay señor! ¿y si traen armas?

Bar. Tienes razon; entonces, á Dios mi venganza. Súbete al cuarto de Marcelina, y enciérrate con dos vueltas de llave. Yo voy á dar parte al alcalde del

cuartel, y á esperar á ese pícaro á la vuelta de la esquina. Preso por ladron, tendremos á un tiempo la satisfaccion de escarmentarle, y de librarnos de sus asechanzas. A cuenta de mi cariño queda conseguido que olvides á ese hombre.

Ros. Mi error es lo que yo quisiera que usted olvidara. ¡Ay! ¡bien caro me cuesta!

Bar. Vamos á buscar á la justicia. (*Ap.* Al cabo es mia.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

ROSITA.

¡Su cariño me le hará olvidar! ¡Desventurada! Él va á venir. Quiero quedarme y disimular con él, por contemplarle un momento en toda su perfidia. La bajeza de sus procederes será mi preservativo. ¡Ah, bien lo necesito! Presencia noble, suave espresion, una voz tan tierna... ¡y es en suma un agente vil de un corruptor! ¡Ay desdichada, desdichada de mí! ¡Cielos, abren la ventana! (*Vase, llevándose la luz.*)

ESCENA V.

EL CONDE. FÍGARO.

Fig. (*Que trae una linterna encendida, y abre con precaucion los postigos, se queda parado en el mirador, y desde alli habla con el conde, á quien no se ve.*) Una persona se ha marchado: ¿entraré?

Con. (*Desde abajo.*) ¿Un hombre?

Fig. A faldas me ha olido.

Con. Será Rosita, que se habrá asustado de tu figura atroz.

Fig. Yo me lo persuado. (*Entra y pone la linterna en una silla.*) En fin, ya estamos aqui, vencedores de los elementos.

Con. (*Desde abajo.*) Dame la mano. (*Sube el conde al tablado.*) Nuestra es la fortaleza.

Fig. (*Quitándose la capa.*) ¡Caramba, que estamos ca-

laditos! ¡Buena noche para toledana! Señor conde, ¿qué tal le parece á usted esta noche?

Con. Para un galan, magnífica.

Fig. Ya: ¿y para un gracioso? ¿Y si nos sorprendieran aqui?

Con. ¿No vengo yo contigo? Mas me inquieta otra cosa: el determinar á Rosita á abandonar al momento esta casa.

Fig. Usted tiene á su favor tres pasiones omnipotentes con el bello sexo: el amor, el odio y la vanidad.

Con. ¿Cómo he de anunciarle sin mas ni mas, que ya nos espera en tu casa el notario? Le va á parecer mi proyecto indecoroso; me va á decir que soy un atrevido.

Fig. Si le llama á usted atrevido, llámela usted cruel. A las mugeres les gusta muchísimo que las llamen crueles. Ademas que si el cariño de Rosita es cual usted desea, le dice quién es, y no le quedará duda de sus intenciones.

ESCENA VI.

ROSITA. — EL CONDE. FÍGARO.

Con. Aqui viene. Hermosa Rosita...

Ros. Caballero, yo principiaba á temer que usted no viniese.

Con. ¡Halagüeña inquietud! Señorita, no me conviene abusar de las circunstancias para proponer á usted que abrace la suerte de un infeliz; pero cualquiera que sea el asilo que usted elija, por mi honor juro...

Ros. Caballero, si el don de mi mano no hubiera de haber seguido inmediatamente al de mi corazon, no se veria usted en este sitio. Justifique la necesidad lo irregular de esta entrevista.

Con. ¡Usted, Rosita, esposa de un desventurado sin bienes, sin nacimiento!

Ros. ¡Bienes! ¡nacimiento! Dejemos á un lado los juegos de la casualidad; y si usted me asegura que sus intenciones son honradas...

Con. (*Arrodillándose.*) ¡Ah, Rosita, yo te adoro!

Ros. ¡Calla, traidor! ¿Te atreves á profanar...? ¿Tú me

adoras? No, ya no temo tus seducciones, y esa espresion aguardaba para detestarte. Pero antes que te deje entregado al remordimiento, (*Llorando.*) sabe que yo te amaba, sabe que en participar de tu triste suerte ponia yo mi felicidad. ¡Miserable! Todo lo iba á sacrificar por seguirte; pero el inicuo abuso que has hecho de mis favores, y la indignidad de ese conde de Almaviva, á quien me vendes, han traido á mis manos este testimonio de mi imprudencia. ¿Conoces esta carta?

Con. Que el tutor le ha entregado á usted.

Ros. Sí, ese desengaño tengo que agradecerle.

Con. ¡Cielos! ¡qué dichoso soy! De mí la ha recibido, señorita. Privado de otro medio para ganar su confianza, tuve que entregarle esa carta, y me faltó un instante para prevenírselo á usted. ¡Ah Rosita! ¿Es cierto que usted me ama?

Fig. Señor, V. E. buscaba una muger que le quisiera por sí mismo...

Ros. ¡Excelencia! ¿Qué es lo que dice?

Con. Ídolo mio, ya no es tiempo de disfraces. El feliz mortal que mira usted á sus plantas, no es Teodoro, es el conde de Almaviva, que solo existe para adorarla, y que hace seis meses la busca en vano.

Ros. ¡Ah! (*Cae desvanecida en los brazos del conde y de Fígaro.*)

Con. ¡Fígaro!

Fig. No hay que asustarse, señor conde. La dulce emocion de la alegría no produce consecuencias funestas. Véala V. E., véala cómo recobra sus sentidos, mas hechicera que nunca.

Ros. ¡Ay Teodoro! ¡Ay señor! ¡Qué culpable he sido! Esta misma noche iba á dar la mano á mi tutor.

Con. ¡Usted, Rosita!

Ros. No atienda usted sino al castigo que me imponia. Toda mi vida hubiera estado maldiciendo mi ligereza. ¿No es un suplicio el odio para quien se conoce destinada al amor?

Fig. (*Que se ha asomado á la ventana.*) Señor, nos cortaron la retirada. Han quitado la escala que teníamos á la reja.

Con. ¿La han quitado?

Ros. ¡Ah! Por mí: será mi tutor. Este es el fruto de mi credulidad. Me engañó, lo confesé todo, sabe que está usted aqui, y va á venir con la justicia.

Fig. Señor conde, ya abren la puerta de la calle.

Ros. ¡Ay Teodoro!

Con. Rosita, si usted me ama, yo no temo á nadie, y usted será mia. He de tener el gusto de castigar á mi sabor á ese aborrecible viejo.

Ros. No, no; perdónele usted, amado Teodoro. Mi corazon se encuentra tan lleno de dicha, que no cabe en él la venganza.

ESCENA VII.

DON BASILIO. UN NOTARIO.—EL CONDE. ROSITA. FÍGARO.

Fig. Señor conde, si es el notario consabido.

Con. Y el amigo don Basilio con él.

Bas. ¡Qué es lo que veo!

Fig. ¿Por qué fortuna, amigo don Basilio...?

Bas. ¿Por qué casualidad, caballeros...?

Not. ¿Son los señores los novios?

Con. Sí señor. Usted debia esta noche llevar á casa del barbero Fígaro mi contrato de boda con doña Rosa Valladares; pero nos conviene firmarlo aqui por motivos que sabrá usted despues. ¿Trae usted la escritura?

Not. ¿Tengo el honor de hablar con el señor conde de Almaviva?

Fig. Precisamente.

Bas. (*Ap.* ¿Si me habrá dado el otro para esto el picaporte?)

Not. Es que entendámonos, señor conde, porque traigo dos contratos que firmar, ambos en esta casa. Este es el de V. E. con doña Rosa Valladares, y este el de don Bartolo con doña... (*Mirando el papel.*) Doña Rosa Valladares tambien. Ya, vamos, las novias son dos hermanas.

Fig. Usted adivina tan felizmente, que nos quita el trabajo de pensar qué decirle.

Con. Firmemos sin pérdida de tiempo. (*Firma.*)

Not. ¿Es este caballero el testigo que faltaba? (*Señalando á don Basilio.*)

Bas. ¿Yo?

Con. Por supuesto. (*Firman Rosita y Fígaro.*) Cualquiera dirá que usted ha venido á propósito para hacernos este obsequio.

Bas. Pero mire V. E., señor... Yo no comprendo...

Con. Usted, señor maestro, en una nada se atasca, y de todo se maravilla.

Bas. Pero señor conde... Pero si el doctor...

Con. No sea usted niño. (*Le da un bolsillo.*) Firme usted pronto.

Bas. ¡Ah, ah!

Fig. ¿Qué dificultad halla usted en firmar?

Bas. Ya ninguna; pero es que yo cuando doy una palabra, necesito motivos de gran peso para... (*Firma.*)

ESCENA VIII.

DON BARTOLO. UN ALCALDE. ALGUACILES. — DICHOS.

Bar. Aqui estan, señor alcalde; adelante, señores ministros; prendanme á esos ladrones. (*Agarra al notario.*) Aqui tengo uno.

Not. Que soy el notario, que soy de la vicaría.

Bas. Si es el notario. ¿Está usted en su juicio?

Bar. ¡Don Basilio! ¿Cómo se halla usted por aqui?

Bas. Yo sí que debo preguntar á usted cómo es que no ha venido hasta ahora.

Alc. Poco á poco: yo (*Señalando á Fígaro.*) conozco á este sugeto. ¿Con qué fin ha entrado usted en esta casa á horas tan irregulares?

Fig. ¿Qué hora irregular? Ya ve V. S. que es tan cerca de la mañana como de la noche. En fin, yo he venido acompañando á S. E. el señor conde de Almaviva.

Bas. ¡El conde de Almaviva!

Alc. Señor don Bartolo, usted me habia dicho...

Bar. Lo que yo creía. En cualquiera otra ocasion, se-

ñor conde, soy un servidor de V. E.; pero ya conocerá que aqui no tiene valor la superioridad de la gerarquía. Tenga V. E. la bondad de retirarse.

Con. Sí. Lo haré al momento que el señor alcalde se entere de la preferencia que con respecto á usted acaba de concederme la señorita, dándome voluntariamente la mano.

Bar. ¿Qué dice este hombre, Rosita?

Ros. La verdad.

Bar. ¿Cómo?

Bas. Cuando yo le decia á usted que era el conde en persona...

Bar. ¿Y qué me importa? ¡Lucido casamiento! ¿Dónde estan los testigos?

Not. El último, que es el señor (*por don Basilio*) acaba de firmar ahora. El contrato está en regla.

Bar. ¿Pues cómo, don Basilio? ¿ha firmado usted?

Bar. ¿Qué quiere usted que hiciera? Ese buen señor siempre tiene atestado el bolsillo de argumentos irresistibles.

Bar. Me río de sus argumentos. Yo usaré de mi autoridad.

Con. Usted la ha perdido abusando de ella.

Bar. La novia es menor.

Fig. Está emancipada.

Bar. ¿Quién habla con usted, seo bribon?

Con. La señora es noble y honrada, yo ilustre, rico y mayor de edad, y ambos nos hemos jurado fé de esposos: ¿con este título, que nos honra igualmente, quién se atreverá á disputarme á Rosita?

Bar. Jamas la separarán de mi lado.

Con. Ya no está en poder de usted. Yo la pongo bajo la custodia de las leyes; y el señor alcalde, á quien usted ha traido para prenderme, la protegerá contra las violencias que usted intentare. Un digno magistrado es el apoyo del oprimido.

Alc. Seguramente; y esa inútil resistencia á un enlace tan honorífico, da motivo á sospechar que el señor teme dar cuenta de los bienes de su pupila.

Con. No hablemos de eso: preste su beneplácito, y nada se le pide.

Fig. Sino el recibo de mis cien ducados: tengamos el entusiasmo á raya.

Bar. Todos estaban contra mí: me he ido á echar de cabeza en un avispero.

Bas. ¿Qué avispero, ni qué berenjena? No pudiendo casarse usted con la niña, cásese con su dote, que no va usted mal.

Bar. Déjeme usted en paz, don Basilio: usted no piensa sino en el dinero. Valiente caso hago yo del dinero. Bien; me guardaré la dote; ¿pero cree usted que sea este el motivo que me decida?

Not. Pero señores, yo no entiendo ya una palabra. ¿No son dos las novias?

Fig. Se ha suprimido la otra por innecesaria.

Bar. ¡Y yo que he ido á buscar la justicia para que fuese mas autorizada la boda! ¡Ah! me he perdido por falta de cuidado.

Fig. Diga usted que por falta de conocerse.

Cuando amor y juventud
declaran guerra formal
á un infeliz carcamal
con un pie en el atahud,
vano es de la senectud
el cuidado y el teson:
cualquiera combinacion
del necio Matusalen
puede apellidarse bien
una *Inútil Precaucion.*

FIN DE LA COMEDIA.